

**EL CAMINO DE LA COMPRESIÓN
APROXIMACIÓN A UNA HERMENÉUTICA DEL
CONCEPTO DESDE LA LECTURA
DE G.W.F. HEGEL Y H.G. GADAMER**

Oscar Enrique Santilli
UNCuyo

Abstract: Hermeneutics has in “concept” the exercise that updates the correct way of “being” comprehension. From its mythological origin to its location in the ontological sphere, it goes through history together with the advent of thinking into language. In this continuity of sense expressed in the element of dialogue we reach the thought of G.W.F. Hegel and H.G. Gadamer, in which the hermeneutical event discloses its turn from methodological discipline to its ontological-existential installment.

Key Words: hermeneutics, concept, comprehension, language, conscience.

Introducción

La comprensión no podrá considerarse como fenomenización de la conciencia si no se descubre su ligadura con sus mostraciones históricas y las formas en que se ha dado para entender desde allí su evolución y su relevancia actual, no ya como un camino del pensamiento sino como pensamiento mismo. El tiempo es desarrollo de esa conciencia y por lo tanto la historia es el tejido que el hombre hace con su destino, en el cual advertimos el hecho fundamental que surge para la conciencia exploradora: ella descubre su realidad a partir de la experiencia que de sí misma hace gracias a la virtud capital en que consiste su *práxis* teórica.

El pasado de la hermenéutica tiene en la mitológica Grecia un suelo y un cielo desde el cual entenderla, así descubrimos en el

concierto olímpico de las deidades la figura de *Hermes*¹ que vincula a los dioses con el mundo humano y oficia de pontífice en una doble misión transmisora y traductora. Desde un comienzo mitológico la hermenéutica conoce su herencia real que la emparenta con el carácter sagrado de su linaje y su tarea no será desde aquí un mero acto corresponsal sino el desocultar (*aletheúein*)² manifestante de una vida ya espiritual. Esta actividad se desarrollará aún cuando en esta conceptualización develadora, como propone Aristóteles en su *Perí hermeneías*³ a través del *lógos apofanticós*, no entrara para aquella época del pensar toda la carga que sí tendrá en la especulación teórica posterior. Sus orígenes antiguos se funden con las manifestaciones del pensar mismo a través de las creaciones literarias, jurídicas, teológicas.

Desde sus albores toda creación del espíritu ha reconocido que no puede ofrecerse sin mediación⁴ para otro espíritu dada la naturaleza misma de la realidad humana, por ello, este espíritu que se vuelca sobre sí mismo tiene, en el reconocimiento de la necesidad de mediación, una impronta fundamental. Esa vuelta que él opera se torna un movimiento esencial en el cual se verifican todas las instancias en que se reconoce y puede reconocerse. El camino que se construye a partir de aquí aparece en una Introducción simplemente anunciado como debe anunciarse aquello cuyo acontecer es *ab initio* una promesa. El acontecimiento que se narra en la historia del concepto es también la narración que él puede y debe efectuar de sí y con esto se encuentra en su elemento mismo pues el relato de su historia es el despliegue de su vida tan presente 'para sí' como sabida desde la experiencia que tiene 'de sí'. El texto del mundo es la historia del hombre; el hombre mismo es para sí una textura del sentido que puede crear, desde las posibilidades desplegadas que se abren, una racionalidad espiritual que proporciona simultáneamente las condiciones de posibilidad para que esa racionalidad se autocultive y se mantenga.

La herencia de la hermenéutica hace pensar en un derrotero del pensamiento que no ha sido ajeno al riesgo de instrumentalización por parte de una conciencia que ha creído usar sus manifestaciones como

productos utilizables para sus propios fines. Toda la historia de este acontecimiento permite ver hasta qué punto el pensar puede ocultar para sí mismo la riqueza latente que encierra y, simultáneamente, la grandeza pletórica del poder que muestra.

1 - El ser viene al pensar en el lenguaje

El lenguaje nos anuncia un 'lenguaje'⁵ y proyecta sobre su horizonte un movimiento cuyo final desconoce por carecer de la arcana virtud oracular. Asimismo, su carencia es, simultáneamente, su preeminencia dado que en lo faltante radica un poder. Lo controvertido en él es justamente la posibilidad de que este movimiento entre su carencia y su poder sea motivo de una lucha que cierra así una circularidad polémica en la que todo empieza a manifestarse como relación integral. El '*pólemos*' de antigua data está presente en el quehacer humano y arraigado en su constitución originaria. Esta es su destinación cuya conformación tiene un modo propio de estar en el entramado mundanal, vale decir, su estar es en la forma de un ser comprensor del mundo circundante y de su ser en tanto que perteneciente a ese mundo⁶.

Aludiendo al título de este artículo, la historia del concepto es la historia de la Hermenéutica. El término responde a una necesidad exigida y, por lo mismo, a una exigencia necesaria; ésta quedará ratificada a medida que el elemento propio de la historia se haga presente no como otra 'cosa' que el desenvolvimiento del espíritu. Del mismo modo el concepto de Hermenéutica deberá desplazar algún preconcepto sostenido dentro del marco presente que la manipulación lingüística y metodológica libra sobre algunos términos caros al sentimiento filosófico.

Gadamer ha puesto luz en la cuestión de la relación entre 'lenguaje' y 'cosa' por eso ha dicho "*que no es una afirmación nueva que el lenguaje sea el centro a través del cual la conciencia converge con el ente, (pues) ya Hegel calificó al lenguaje como centro de la conciencia por medio del cual el espíritu subjetivo coincide con el ser de los objetos*"⁷. De esta coincidencia se sabe que la ganancia obtenida no corresponde sólo al lenguaje sino a las cosas

productos utilizables para sus propios fines. Toda la historia de este acontecimiento permite ver hasta qué punto el pensar puede ocultar para sí mismo la riqueza latente que encierra y, simultáneamente, la grandeza pletórica del poder que muestra.

1 - El ser viene al pensar en el lenguaje

El lenguaje nos anuncia un 'lenguaje'⁵ y proyecta sobre su horizonte un movimiento cuyo final desconoce por carecer de la arcana virtud oracular. Asimismo, su carencia es, simultáneamente, su preeminencia dado que en lo faltante radica un poder. Lo controvertido en él es justamente la posibilidad de que este movimiento entre su carencia y su poder sea motivo de una lucha que cierra así una circularidad polémica en la que todo empieza a manifestarse como relación integral. El '*pólemos*' de antigua data está presente en el quehacer humano y arraigado en su constitución originaria. Esta es su destinación cuya conformación tiene un modo propio de estar en el entramado mundanal, vale decir, su estar es en la forma de un ser comprensor del mundo circundante y de su ser en tanto que perteneciente a ese mundo⁶.

Aludiendo al título de este artículo, la historia del concepto es la historia de la Hermenéutica. El término responde a una necesidad exigida y, por lo mismo, a una exigencia necesaria; ésta quedará ratificada a medida que el elemento propio de la historia se haga presente no como otra 'cosa' que el desenvolvimiento del espíritu. Del mismo modo el concepto de Hermenéutica deberá desplazar algún preconcepto sostenido dentro del marco presente que la manipulación lingüística y metodológica libra sobre algunos términos caros al sentimiento filosófico.

Gadamer ha puesto luz en la cuestión de la relación entre 'lenguaje' y 'cosa' por eso ha dicho "*que no es una afirmación nueva que el lenguaje sea el centro a través del cual la conciencia converge con el ente, (pues) ya Hegel calificó al lenguaje como centro de la conciencia por medio del cual el espíritu subjetivo coincide con el ser de los objetos*"⁷. De esta coincidencia se sabe que la ganancia obtenida no corresponde sólo al lenguaje sino a las cosas

que se mueven en un mundo en el que aparecen como tales a una conciencia que las nombra. Por ello Gadamer insiste en la expresión 'lenguaje de las cosas' pues se pregunta "*si el lenguaje no debe ser en definitiva lenguaje de las cosas –si queremos pensar realmente algo- y si no es el lenguaje de las cosas el que pone de manifiesto la correspondencia originaria entre alma y ser...*"⁸. Correspondencia que sabemos no sólo necesaria sino manifestante de la unidad que supone espíritu-mundo por lo que se transparenta el lenguaje como extensión sensible de una constitución natural en la que los elementos considerados expresan la modalidad de ser propia. Antes de llegar a cualquier examen de la función simbólica del lenguaje debemos aclarar que como tal él mismo es función⁹. Para nuestro estudio, es imprescindible no incurrir en el desconocimiento de que la función se torna desde sí misma inteligible y además, se justifica en su ejercicio como tal al verificar para sí su poder 'efectivizarse' y cumplir con su finalidad.

En la textura del mundo las cosas cobran realidad en la medida en que el lenguaje ha permitido su ubicación en la trama que abarca tanto la posibilidad de su inserción como su relación significativa en el todo. Así es claro ver que el lenguaje dispone desde sí un marco de referencia en el cual él se apresta a efectuar posibilidades de concreciones lingüísticas y desnuda una estructura de sentido (arquitectura de sentido en términos de Ricoeur)¹⁰ que confiere a la sintaxis una esencia lingüística.

El trabajo que presentamos tiene propósitos en algún sentido restauradores y en otro sentido creativos habida cuenta de la exigencia contemporánea por recobrar la dimensión y la magnitud de algunas expresiones incluidas en el acervo hermenéutico fatigadas por el uso indiscriminado de su significación. Primero la instrumentalización, y luego la manipulación de estos términos con intereses que exceden su posibilidad significativa original, generada y mantenida desde su matriz, impulsan a una reconsideración de sus alcances como fuente del *diá-lógos*¹¹. Aquí se desoculta una realidad a la que deberemos referirnos con asiduidad casi reiterativa; se trata del 'concepto' como centro nuclear de nuestro estudio. En su interpretar-se el

concepto, cobra la vida lógica que no ha aparecido como su suelo hasta que él no ha percibido su realidad en tanto que tal. La vía que conduce este desarrollo gestacional del pensamiento desde la forma inicial del ser hasta su propia exposición en el lenguaje tiene su sede en el movimiento reapropiativo del acto conceptivo de la conciencia. Ésta no es un 'otro' en cuestión dentro de la dimensión original y teleológica del ser-espiritual, antes bien es esta conciencia la que atraviesa con su poder cognoscente el elemento substancial-espiritual que forma 'toda' realidad. Hablar de una dimensión original y teleológica implica descubrir en el ser-espiritual la base comprensiva que en su manifestarse revela un modo único de ser para sí mismo; vale decir, de ser su ser cual devenir interpretante de su esencia conceptual. Plantear la cuestión hermenéutica en estos términos implica asentarla sobre una base ontológica donde no cabe la posibilidad de una reducción a la consideración de su realidad como mera herramienta de las (*Geisteswissenschaften*)¹² ciencias del espíritu. El plano ontológico se impone a partir de que es el análisis de la comprensión un hecho que acontece en el terreno del cuestionamiento por el ser¹³. No se pregunta desde aquí por algo que se produce en la superficie del ser sino que es el ser mismo el cuestionado en el interrogar de la hermenéutica¹⁴. Ella es pregunta como modo de interpretación; hablamos del ser del preguntar y del preguntar del ser, al tiempo que avanza desde las posibilidades del poder intelectual de la conciencia hacia formas originarias en que lo dicho queda asumido en el acto de decir. De ello surgirá un posicionamiento de la cuestión que derivará en la afirmación fundacional de nuestro trabajo la que honrará al ser particularísimo que es en cada caso cada uno como 'ser-comprensor-de-sí'. En este ser particular que 'somos' se desenvuelve la tradición triádica del 'ser' develado en el 'pensar' y manifestado en el 'lenguaje'. El *lógos* vive en su 'concepto'; éste es su fuerza animadora y también su destino. Así creemos que está trazada la vía de un modo de ser del hombre que se reencuentra en cada acto comprensivo como 'ser-comprensivo'.

La apropiación de Heidegger por parte de Gadamer en lo referido a la conceptualización del modo de ser del ser-ahí (*Dasein*)¹⁵

indica la aceptación de este último de la afirmación contenida en el parágrafo 31 de *Ser y Tiempo*¹⁶; el comprender no es ya una actividad del entendimiento referida al conocimiento de objetos sean estos cuales fueran sino un modo propio de ser de ese ser particularísimo que es el *Dasein*. Así concebida la cuestión central de la reflexión hermenéutica en Heidegger se sigue la incorporación en Gadamer de la obra de arte y la historia¹⁷. Estos movimientos son, para nuestra reflexión, instancias necesarias en que el desarrollo conceptual va adquiriendo definición y, por lo tanto, delimitando el camino de un proceso especulativo que encuentra su culminación en la dimensión conceptual. Este movimiento conceptual es un ‘desarrollarse’ el espíritu ya en la forma propia del concepto; desarrollo que encuentra desde el diálogo platónico y la lógica aristotélica hasta Hegel¹⁸, un suelo especulativo que nos interesa estudiar. Este último filósofo ha declarado a la vida del concepto como pilar de su sistema filosófico al sostener que *“el espíritu, ciertamente, no permanece nunca quieto, sino que se halla siempre en movimiento incesantemente progresivo”*¹⁹. Por su parte Gadamer avanza desde Hegel con la intención de conquistar un más allá que permita trascender la hegemonía de la autoconciencia pero nosotros entendemos, y aquí se ubica el núcleo a desarrollar, que esta afirmación no podrá sostenerse si desde el inicio relegamos la realidad de la autoconciencia a un momento parcial de sí. Nos urge referirnos a la tesis gadameriana en esto pues el filósofo de Marburgo ha dicho que hay una cuestión decisiva con relación a la dimensión hermenéutica y es que él (Gadamer) pretende ir más allá de la autoconciencia; *“es decir, la conservación y no supresión, de la alteridad del otro en el acto comprensivo”*²⁰. El otro de la alteridad surge como determinación de la conciencia que pone ante sí los contenidos en sí albergados y cuya exposición se da en la medida necesariamente oportuna en que esa conciencia determina la justicia de su desarrollo. La propuesta de nuestro trabajo es investigar si efectivamente es viable dirigirse a un ‘más allá’ de la autoconciencia hegeliana para conservar y no suprimir la figura del otro, o mejor dicho la alteridad del otro²¹. Si bien queda claro como dice Gadamer que *“nadie puede resolver de modo racional el tema de la primera comprensión del sentido [pues]*

siempre han precedido las experiencias prelingüísticas y, sobre todo, el intercambio de miradas y gestos, y todas las transiciones son fluidas”²², estas observaciones son atendibles desde la perspectiva que considera estas experiencias prelingüísticas como sostenidas en sí mismas y ajenas a la posibilidad real de ser incluidas en un todo dialéctico que necesariamente ‘es’ un movimiento concipiente. Esta totalidad no escapa a la dinámica del concepto si por concepto entendemos la vida misma del *lógos*. Debe entenderse el concepto como principio a partir del cual la conciencia conoce las formas en que se vuelve posible para sí misma y dona de sí los elementos conformadores de sus posteriores configuraciones. Este desarrollo del concepto en el que se pone en juego su potencia creadora manifiesta en ‘su’ autocreación la plenitud de su poder. Toda experiencia prelingüística, todo gesto, toda mirada no es precisamente una contribución a la comprensión sino una forma de ella, aún cuando en cada gesto o mirada no se encuentre la comprensión misma. Este doble juego que brinda a los elementos de la comprensión el carácter de comprensivos es lo que indica que en cada uno de ellos hay una totalidad referida a un sentido plenario y, simultáneamente, ese sentido plenario reúne las particularidades de los elementos que pudieran disolverse si se pretende legitimarlos como mónadas clausas. Vemos que la hermenéutica encuentra un suelo que no había conocido antes del hallazgo que la dialéctica hegeliana²³ revelara para su movimiento sapiente; el de recuperar para la totalidad del ser una dimensión de sí mismo en la que comprende que ‘comprende’²⁴.

Creemos que la avanzada de la fenomenología ha aportado una solidez indiscutible al problema de la comprensión ubicándola en la esfera de la experiencia humana vivida con lo que se aleja todo intento de encerrar su cuestión en un ámbito abstracto. Al establecer esta consideración se hace necesario ensayar el análisis que Gadamer oportunamente efectúa en *Verdad y Método* sobre la cuestión de la *theoría* indicando su origen sacral y por ello ligado al plano de la manifestación, exaltación y compromiso que el pensamiento cobra desde la unidad inicial y final a la que se remite desde su propia posibilidad de autoimplicación.

Theorós significa, como es sabido, el que participa en una embajada festiva. Los que participan en esta clase de embajadas no tienen otra cualificación y función que la de estar presentes. El *theorós* es, pues, el espectador en el sentido más auténtico de la palabra, que participa en el acto festivo por su presencia y obtiene así su caracterización jurídico-sacral, por ejemplo, su inmunidad. De un modo análogo toda la metafísica griega concibe aún la esencia de la *theoría* y del *noûs* como el puro asistir a lo que verdaderamente es, y también a nuestros propios ojos la capacidad de poder comportarse teóricamente se define por el hecho de que uno pueda olvidar respecto a una cosa sus propios objetivos. Sin embargo, la *theoría* no debe pensarse primariamente como un comportamiento de la subjetividad, como una autodeterminación del sujeto, sino a partir de lo que es contemplado. *Theoría* es verdadera participación, no hacer sino padecer (*páthos*), un sentirse arrastrado y poseído por la contemplación.²⁵

En esta contemplación, la distinción entre un sujeto y un objeto se desvanece no porque la contemplación produzca este efecto sobre realidades ya establecidas sino porque en ella lo que podemos llamar sujeto y objeto se hallan asumidos en el acto contemplativo. Sólo a partir de aquí es posible una distinción que entiende la unidad que profesa con su testimonio como el núcleo de una reflexión. El espectador en la obra de arte se entrega a sí mismo en la contemplación. Tal entrega no supone una negación identitaria de la realidad individual de quien va llevado en la entrega. Los términos que se implican tienen desde aquí una posibilidad de significación con relación al contexto en que se los aplica y por esto es necesario tomar en consideración el movimiento en el que se implican y así ajustar sus posibilidades interpretativas a esa realidad relacional. Los conceptos de ‘espectador’, ‘entrega’, ‘contemplación’, ‘obra de arte’ se funden en la identidad teórica en la que cobran una dimensión fundamental siempre para sí mismos. Desde aquí ellos son lo que en verdad son, esto es, movimiento del pensar desplegado en el elemento del lenguaje. Es este lenguaje el que ha permitido una doble finalidad en la medida que el concepto se expresa en el

término y simultáneamente el concepto en el término implicado hace del lenguaje la posibilidad de continuidad del sentido en sus términos. La *theoría* no será entonces la asistencia al espectáculo de la contemplación sino un estar en la contemplación de modo esencial; dicho de otro modo, ser la contemplación misma, pues es esta el lugar de la manifestación del acontecimiento develador de la verdad. Esa contemplación tiene en la vivencia su auténtica realidad, pues aquella no acontece a un segmento del ser que pueda desligarse de otro; la vivencia es conciencia de contemplación y por tal, contemplación vivida.

2- Hegel en la cuestión de Gadamer

Gadamer nos habla de un centro nuclear de sentido desde y por el cual la vivencia cobra una fuerza reveladora y ello tiene su antecedente en Dilthey quien con el término 'vida' designa el carácter fundamental de la existencia humana. Encontraremos este suelo de la reflexión en un pensador posterior cuya dimensión llega hasta nosotros marcando un camino que se pone en contacto con la experiencia religiosa y la revelación cristiana; Gabriel Marcel²⁶ quien ha destacado después de Dilthey el compromiso existencial que supone la reflexión apoyada en el acto radical de la vida como realidad posibilitante del acontecer humano. Así podemos incluir al filósofo parisino en la misma tradición que Dilthey como heredero de una vocación por extraer del misterio del ser el suelo para toda posibilidad de comprensión como modo de ser de ese mismo ser.

Mi vida está infinitamente más allá de la conciencia que puedo tener de ella en un momento cualquiera. La tarea del pensamiento filosófico... me parece que es la de buscar en qué condiciones puede producirse el surgimiento... de la realidad que se disimula bajo estos datos trucados.²⁷

Debemos considerar que la vida como realidad radical es también sujeto para la consideración lingüística por lo que no debe descuidarse el hecho central de que el lenguaje permite formular esta

afirmación. El lenguaje es un acto de la vida en el que se vuelcan los fenómenos como sucesos interpretados bajo una enunciación permitida para el diálogo. A esta vida fundacional con la que nos encontramos en cada circunstancia le cabe la instancia de verse a sí misma reflejada en el lenguaje, razón por la cual decimos que el lenguaje mienta la vida. En él la vida aparece para la conciencia, incluso las experiencias prelingüísticas, los gestos, las miradas que intervienen en la comprensión y se ubican antes del 'concepto' según expresa Gadamer, no pueden quedar fuera del 'concepto' si ahora vemos en él algo que en la consideración gadameriana creemos no estar contemplado. Nos referimos al hecho universal de que todo gesto, mirada o acto prelingüístico está sostenido en cuanto a su significación en la posibilidad que la conciencia tiene de otorgarle a cada uno una referencialidad que no queda fuera de su vinculación al acto concipiente que ejerce esa conciencia. No hay acción que en el espectro del actuar humano pueda ser interpretada desde fuera de la significación que algún lenguaje le otorgue, esto vale tanto para el lenguaje filosófico, el lenguaje del arte, el simbolismo mítico-religioso, el gestual, el técnico, etc. La movilidad histórica del lenguaje en todas las formas de sus exposiciones se presenta a partir de su articulación intrínseca y su libertad para significar y su adaptación a los sentidos transmitidos. El lenguaje tiene la propiedad de moverse según un ritmo histórico no determinado con antelación al acto inmediato de su movimiento mismo; esto es, la movilidad del lenguaje tiene en ella la determinación que luego se erige en la forma que se expresa.

El acto comprensivo es una actividad que tiene su núcleo en la dimensión estrictamente especulativa del espíritu como su ser, en cada caso, esa misma comprensión de sí. El centro nuclear al que nos referimos remite al movimiento reflexivo en que el intelecto devela incesantemente para sí mismo su 'sí' mismo contenido y encerrado. Ese momento especulativo atraviesa en su interior las fases que la necesidad de su desarrollo le impone con la libertad inexorable que entraña. Esta libertad aquí mentada no es una adición externa que faculta al intelecto para el despliegue de posibilidades que no subyazcan desde el comienzo en la propiedad intelectual

misma; vale decir, que no estén albergadas como potencia de ser que al manifestarse se actualizan. Muy por el contrario, la libertad a la que nos referimos alude a la posibilidad por antonomasia, lo que supone o implica decir que libertad es desde ya 'posibilidad' como posibilidad es desde ya 'libertad'. La comprensión no es inteligible sino desde la posibilidad que la libertad entraña pues aquella se da en virtud de que el espíritu en su manifestar expone de sí lo que puede y debe y tal exposición no podría ser un 'modo de ser' que no fuera para sí su propia comprensión. Por esto la actividad hermenéutica se encuentra en la naturaleza misma del espíritu, el que desde su primera y más abstracta consideración como 'puro ser' hasta su concreta posesión en el 'concepto de sí' autoconsciente, opera comprensivamente al experimentarse en cada fase de su desarrollo como momento autodefinitorio.

La pista hermenéutica que Hegel nos brinda no será desoída en la filosofía contemporánea. El camino de la comprensión se desarrolla desde la potencia lógica del espíritu hasta la posesión completa y sabida de esa misma *enérgeia* en un acto pleno. Intentamos pensar un movimiento especulativo que reúna los elementos del pensamiento hegeliano proyectados hacia la comprensión de la realidad como totalidad. En ese camino encontramos a Gadamer impostado en el momento de la revisión de los conceptos propiamente hegelianos y la aceptación de la tesis heideggeriana. La comprensión está puesta en la cima y la base del planteo filosófico que pretende esclarecer la cuestión de la verdad. Su camino ha sido el proceso histórico de la filosofía. La filosofía puesta en su elemento, es decir en sí misma, sólo puede conocer lo que ella encierra en cuanto en su interior ya se encuentra en ciernes su contenido total y final.

El comprender no podrá ser, como en el romanticismo, un trasladarse a otras mentes bajo la ficción de una transpolación de tiempos y situaciones. El peregrinaje de la comprensión 'es' la historia de la vida del espíritu; en él se hace presente el 'prejuicio' gadameriano en virtud de que es un elemento componente del acontecer histórico y muestra en el ser mismo del prejuicio la posibilidad del comprender. La fuerza del espíritu proviene de la magnitud del ser ya que en él se encuentran contenidas sus posibilidades y éstas son

en la medida en que su manifestación las pone en el máximo grado de realidad. La exteriorización de las formas del espíritu tienen en ese ser manifestado toda la verdad de que es posible, por ello la idea de gestación, inherente a la condición del ser hace claro el sentido comprensivo de la metamorfosis espiritual de la que hablamos. En esta idea de gestación debemos centrarnos para entender lo que desde ella se desprende y nuestro esfuerzo teórico se halla así dirigido hacia el propósito de esclarecer la fundamentación ontológica de la comprensión en virtud de que hemos visto hasta ahora el carácter filosófico de la hermenéutica. Toda búsqueda que tenga como fin la verdad estará dirigida y animada por una fuerza fundacional dado que la cuestión estriba en el tratamiento del concepto como núcleo germinal de toda realidad. Es en el concepto donde hallamos el suelo lógico del planteo hermenéutico y el origen mismo de la interpretación como posibilidad real de ser la comprensión el modo propio de ser del hombre.

3- El concepto como núcleo de la hermenéutica hegeliana

En el esfuerzo del concepto encontramos un movimiento original en el que se expresa la comprensión desde la raíz misma de su propia posibilidad de ser. Gadamer ha indicado que el proyecto hegeliano se enfrenta al de Schleiermacher que propone una reconstrucción de la situación histórica originaria como forma de acercar el intérprete a las circunstancias que circundaban y conformaban la obra objeto de la intención interpretativa. En Hegel se torna indispensable reconocer en la integración de los elementos diseminados en la historia el lugar propio en el que cabe esperar el desarrollo hermenéutico. Desde los albores del pensamiento se hace manifiesto el espíritu que lo mueve y es desde aquí desde donde se puede entender ese pensamiento y su actividad específica. El todo unitario del espíritu que al pensar se piensa a sí mismo efectúa un movimiento de desdoblamiento de lo que en sí contiene. El pensamiento es mediador de la vida y tiene la particularidad de que en esa mediación se expone lo que la vida tiene para mostrar y lo que el pensamiento ha permitido que se muestre. Esta dinámica de permiso y mostración responde a la propiedad del pensar como efectuante de un acontecer en el que las

formas en que se manifiesta responden a una necesidad interior que opera libremente. ¿Cuál será la ganancia hermenéutica que reporta esta filosofía?. Precisamente que es filosofía; que la hermenéutica no retrocede al momento en que de ella se hizo una herramienta del conocimiento sino que es rescatada de ese ámbito hacia otro que le reconoce su dignidad. La hermenéutica es filosófica porque la filosofía es hermenéutica y dicho esto queda establecido que no ha de ser ella el vehículo por el cual se lleva y trae al pensamiento un conocimiento sino que ahora descubrimos que su ser es el conocimiento en el que el pensamiento descubre un modo particular de ser. Con Hegel descubrimos que nuestra disciplina contiene el carácter develador de un ser que se presenta como pensar originario y tiene en ese pensar su realidad radical que consiste en estar en sí mismo autointerpretado. La hermenéutica se eleva desde sí misma a un momento en que su ejercicio es práctica de sí y por lo tanto no reconoce una diferenciación entre su manifestación y el reconocimiento que ella obra consigo misma. Para Hegel la comprensión fundamenta la filosofía, esto es, *“la autopenetración histórica del espíritu”*²⁸ con lo cual la historia entra en el juego de la comprensión no como pasado sido sino como *“mediación del pensamiento con la vida actual”*²⁹.

La problemática tratada pone al descubierto el interés que Hegel ha otorgado a la cuestión del lenguaje al tener que enfrentarse constantemente, en el recorrido de su obra, con la posibilidad significativa de aquél a la hora de referir los contenidos con la dignidad científica que debe. No puede desconocerse una hermenéutica que arroje luz sobre los puntos centrales en los cuales deberemos profundizar. Sin duda es evidente que en el pensamiento hegeliano ‘Hermenéutica’ no puede entenderse como la metodología interpretativa utilizada por la simple curiosidad que ansía desentrañar un sentido oculto y poder transmitirlo luego. En Hegel, Hermenéutica ‘es’ el mismo pensamiento que oficia de interpretación, intérprete e interpretado, evidenciando así el movimiento paradigmático en que se desarrolla su pensar. El lenguaje, en nuestro autor, forma parte del desarrollo de la conciencia en su movimiento autosapiente y autoconstituyente, en virtud de que él es forma en que el espíritu da para sí lo que en